

# La Nochebuena con la familia Córdoba

*Marycielo y yo solo teníamos  
un regalo cada una; ¿cómo podíamos  
compartir con los demás?*





Por Honney Thalia Cabel Losno

Basado en una historia real

*“En cuanto lo hicisteis a uno de éstos, mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (Mateo 25:40).*

El día de Nochebuena, solo había dos regalos bajo nuestro arbolito; uno era para mi hermana de dos años, Marycielo, y el otro era para mí. Nuestra mamá había dicho que el dinero era escaso, de modo que eso sería todo lo que tendríamos.

Esa noche, mamá leyó un relato de la revista *Liahona* en cuanto a una Navidad sin regalos. A medida que ella leía, yo me sentía feliz y en paz; quizás solamente tener un regalo no estaba tan mal. Entonces mamá dijo: “En lugar de jugar juegos como normalmente lo hacemos en la Nochebuena, ¿por qué no llevamos regalos a una familia del barrio?”

“Pero, ¿qué les podemos dar?”, le pregunté.

“Bueno, tenemos un poco de sobra”.

Eché un vistazo a los dos regalos, y después a una imagen de Jesús en la pared. “Me imagino que Jesús compartiría lo que tuviera”.

Oramos para saber a qué familia visitar. Muchas de las familias a las que conocíamos no tenían mucho ese año. Después de orar, sentimos que debíamos visitar a la familia Córdoba. Tenían tres hijos y el papá había perdido su trabajo.

Fuimos a la tienda y compramos *panetón* (un pan navideño),



un pollo asado y tres pequeños regalos. Nos divertimos escogíendolos. Mamá gastó todo el dinero que tenía, unos treinta *soles* peruanos (alrededor de \$10 dólares estadounidenses).

Una vez que terminamos, fuimos en auto a casa de la familia Córdoba. Tomé a Marycielo de la mano mientras caminábamos hacia la puerta.

La hermana Córdoba nos vio y salió a abrazarnos. “¡Qué linda sorpresa! Entren, siéntense”, dijo. Al entrar, estrechó la mano de mamá y me dio unas palmaditas en el hombro. “Rolando y las niñas se van a alegrar mucho de verlas”, me dijo.

El suelo dentro de la casa era de tierra; no había electricidad, solo velas. Yo estaba un poco triste por la familia Córdoba; deseaba poder hacer más para ayudarlos, pero mamá no parecía notar la tierra ni las velas; estaba feliz de estar allí con la hermana Córdoba.

“¡Vinimos para desearles una *feliz Navidad!*”, dijo mi mamá.

“Nos alegramos de que sean nuestros amigos”. Le dio la comida y los regalos a la hermana Córdoba, quien le sonrió y le dio las gracias.

Rolando, Madeline y Raquel salieron de la otra habitación y vinieron a decir hola. Marycielo se asomó por detrás de mi pierna y sonrió. Se rió cuando Rolando le hizo una mueca; pronto todos estábamos hablando, contando chistes y riéndonos.

“Esto es mejor que jugar juegos nosotras solas”, pensé. Estaba contenta de haber ido. No importaba que no tuviéramos mucho que compartir, y no importaba que el piso fuera de tierra; la Navidad no tenía que ver con lo que tuviéramos, se trataba de estar juntos.

Al prepararnos para salir, la hermana Córdoba nos volvió a abrazar. “Muchas gracias”, dijo. Le temblaba la voz y yo podía verle lágrimas en los ojos. Me puse de puntillas y le di un beso en la mejilla.

“Feliz Navidad”, le dije. ■  
*La autora vive en Perú.*